

GEOGRAFÍAS DEL MIEDO DE MUJERES TRABAJADORAS SEXUALES: ENTRE HABITARES Y PERCEPCIONES¹

GEOGRAPHIES OF THE FEAR OF FEMALE SEX WORKERS: BETWEEN EXPERIENCES AND PERCEPTIONS

Mariana Rojas Mora *

RESUMEN

El tema de la inseguridad en las ciudades latinoamericanas ha cobrado fuerza en los últimos años, debido a los distintos acontecimientos políticos y sociales que vive la región. El presente artículo posee como objetivo reflexionar sobre la vivencia de las geografías del miedo por parte de mujeres trabajadoras del sexo de la ciudad de San José. A partir de una metodología cualitativa: observaciones, entrevistas, grupos focales y fotografías participativas de mujeres trabajadoras sexuales, se trazan líneas generales que permiten comprender la sociabilidad urbana que se entretiene en la ciudad de San José para estas mujeres. Los espacios identificados y habitados se caracterizan por la exclusión y la marginalización, donde la inseguridad y la violencia vienen a deteriorar en gran medida la convivencia urbana percibida y practicada por las mujeres.

PALABRAS CLAVE: MUJERES * GEOGRAFÍA * MIEDO * CIUDAD * PERCEPCIÓN

ABSTRACT

The topic of the insecurity in the Latin-American cities has gathered strength in the last years due to the different political and social events that the region lives. The present article has as objective consider the experience of the fear geographys by the female sex workers of the city of San Jose. From a qualitative methodology: observations, interviews, focal groups and participative photography by female sex workers, it could outline some general lines that allow us to comprehend the urban sociability that is interwoven in the city of San Jose for these women. The identified and inhabited spaces are characterized by the exclusion and the marginalization, where the insecurity and the violence come to detriment the urban conviviality perceived and practiced by the women.

KEYWORDS: WOMEN * GEOGRAPHY * FEAR * CITY * PERCEPTION

* Asociación La Sala, Costa Rica.
marirroja@gmail.com

1 El presente artículo forma parte del desarrollo de una tesis para optar por el grado de Licenciatura en Sociología. Dicha tesis se titula "Percepciones y prácticas de las mujeres en el espacio urbano: El caso de las trabajadoras del sexo en San José, Costa Rica", la cual contó con el apoyo del Programa de Becas del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la Universidad de Costa Rica.

INTRODUCCIÓN

El tema de la (in)seguridad en la ciudad ha cobrado fuerza en los últimos años, y esto se ve claramente materializado en la región centroamericana; la cual se ha convertido en el territorio más violento de América Latina. Según el Programa Estado de la Región (2011), en 2009 y 2010, la tasa regional de homicidios por cada 100 000 habitantes se situó por encima del 40%, con aumentos durante la pasada década en todos los países. A pesar de que la tasa de homicidios es apenas una de las variables de la inseguridad vivida en la región, se observa el alto nivel que ha alcanzado.

En el caso de las mujeres, esta variable empeora y se ha traducido en un alza mayor que la de los hombres. Además, solo Guatemala, Costa Rica y El Salvador cuentan con instrumentos normativos que contemplan la figura del feminicidio, lo que dificulta contar con datos y leyes que atiendan esta problemática para el conjunto de la región. Esta violencia ha traído consigo distintas consecuencias para la vida social, por ejemplo, el uso de armas en defensa propia o el aumento en los servicios de seguridad privada. Los diferentes Estados han respondido ante esta problemática de manera punitiva, creando políticas como Mano Dura, Tolerancia cero y Puño de hierro. Estas plantean la punición como solución a la delincuencia, especialmente, en contra de las infracciones leves, con el fin de evitar acciones criminales en el futuro. Estas políticas de seguridad o de “tratamiento” de la criminalidad han sido destinadas a castigar a los sectores más pobres y marginales de la sociedad.

El problema con estas políticas no se centra solo en la vigilancia, control y discriminación que conllevan, sino que se construyen como formas punitivas que fácilmente caen en la criminalización de la pobreza. De esta forma, el miedo en la ciudad y la inseguridad ciudadana, no están siendo atacadas de manera preventiva, ni estructuralmente; lo que determina en parte el fracaso de estas políticas. La construcción del miedo genera una ideología donde se constituyen formas de pensar, sentir y construir a las y los Otros que se aprenden socialmente,

desembocando en algunos casos con políticas como las criticadas anteriormente.

Presentar este somero contexto regional y macropolítico del tema de la inseguridad ciudadana y el miedo en la ciudad, contribuye a pensar el tema de la vivencia subjetiva del espacio urbano. Es bajo esta mirada que a continuación se plantea la forma en que el miedo incide en las percepciones y prácticas urbanas que realizan las mujeres trabajadoras del sexo en la ciudad de San José. Es importante subrayar que la vivencia subjetiva del miedo se construye también en relación a lo que los medios de comunicación elaboran sobre el tema², los relatos o experiencias compartidas y la vivencia de algún hecho real de inseguridad en la ciudad. Estos distintos elementos van configurando las geografías del miedo, que se componen de imaginarios que sitúan a ciertos Otros(as) e identifican distintos lugares de la ciudad que se ven “marcados” o no por la inseguridad, definiendo así lugares accesibles, permitidos y buenos, y aquellos otros prohibidos, malos y oscuros. Es desde los imaginarios del miedo que se constituyen las formas de nombrar (y estigmatizar) estos sitios y sujetos sociales identificados con la inseguridad y el riesgo (Martel y Baires, 2006: 120).

Las percepciones y los imaginarios sobre la ciudad inciden de manera importante sobre las prácticas urbanas que desarrollan las mujeres trabajadoras del sexo. De esta forma, ahondar en el tema del miedo y la inseguridad en la ciudad cobra relevancia al momento de analizar la forma en que las mujeres trabajadoras del sexo practican y habitan la ciudad. Al entender este habitar de una manera integral, donde no solo se presta atención a los lugares que visitan o no las mujeres, sino también la relación que cobra su trabajo —que se encuentra expuesto a múltiples amenazas— con el espacio habitual que ocupan en la ciudad. Esta seguridad entonces puede ser comprendida de manera amplia, pues no solo se pone la mira en la delincuencia,

2 Para una profundización en el tema de los medios de comunicación y la inseguridad revisar el texto “Medios de comunicación e (in)seguridad ciudadana en Costa Rica” de Karina Fonseca Vindas y Carlos Sandoval García, 2006.

sino también en aspectos propios del trabajo sexual, por ejemplo, la seguridad ante un cliente u otras mujeres trabajadoras del sexo.

Antes de profundizar en las voces de las mujeres entrevistadas³, es necesario revisar el aporte de Rossana Reguillo (2000 y 2008), estudiosa de culturas urbanas, vida cotidiana y subjetividades. Para la autora, el miedo y la esperanza juegan un papel importante en la gestión política de las ciudades así como, su influencia tanto en las formas de organización social como en las subjetividades. En la construcción del miedo y la inseguridad es necesario analizar más allá del dato objetivo de la delincuencia; es decir, tomando en consideración las diferencias culturales, los estigmas o las figuras del miedo, lo social y económico, los imaginarios, las negociaciones, entre otros. Por lo tanto, el análisis de las geografías del miedo y el temor en la ciudad contempla una mezcla de planos, dando así un complejo espectro de la vida urbana y las tensiones, conflictos, prácticas e imágenes que se construyen en esta.

Las geografías del miedo territorializan la inseguridad y el temor, le establecen límites y lo circunscriben a un espacio dado de la ciudad —una calle solitaria, un barrio, un parque, etc. En la construcción de estas geografías, aparece entonces una ecología urbana con lugares buenos y malos, seguros e inseguros (Segura, 2000). A partir de esta ecología, las personas configuran su práctica urbana, como señala Reguillo: "... [los miedos] comportan, configuran, su propio programa de acción: a cada miedo [a ciertos espacios, a ciertos actores, a ciertas visiones y representaciones del mundo], unas respuestas específicas" (2000: 10). Es en esta dirección que la autora propone el concepto de "manuales de sobrevivencia urbana", caracterizándolos como códigos no escritos que prescriben y proscriben las prácticas en la

ciudad (Reguillo, 2008). Estos reúnen aquellas experiencias, ecologías de saberes e imaginarios sobre (in)seguridad, direccionando una práctica urbana que posee como objetivo preservar la integridad de las personas ante la amenaza y el riesgo vivido en la ciudad.

De esta forma, las y los habitantes urbanos construyen prácticas —las cuales pueden ser analizadas a través de sus narraciones y sus mapas mentales— que van delineando su pasar y su habitar en la ciudad. Además, los mapas transmiten aspectos culturales, sociales y de identidad sobre las personas que lo construyen, logrando así identificarlos en la proyección que hacen de estos en el espacio urbano. Con respecto a los mapas, Reguillo (2008) plantea un esquema analítico que permite relacionar el miedo y el espacio, así como, sus efectos en las formas de sociabilidad urbana. Este esquema parte de la idea de mapas diferenciales, se complementa con el pensamiento de Michel Foucault y opera en la siguiente lógica: a) el espacio tópico: alude al territorio propio y reconocido, es el lugar "seguro" pero al mismo tiempo amenazado; b) el espacio heterotópico: referente al territorio de los otros, representa esa geografía atemorizante en la que se asume que "suceden cosas" y c) el espacio utópico: habla de un territorio que apela a un orden que se admite no solo como deseable, sino que funciona como dispositivo orientador en la comprensión del espacio tópico en sus relaciones con el espacio heterotópico.

Es necesario señalar que la construcción de mapas y espacios simbólicos que se realiza sobre la ciudad, parte de un marco interpretativo que proviene de un lugar. Esto obliga a considerar las diferencias y similitudes perceptivas e interpretativas que involucran relaciones de poder, procesos de adscripción cultural e identitaria, memoria, de cuya articulación se desprenden los mapas.

Las geografías del miedo, esas ecologías urbanas que se construyen en las ciudades, poseen efectos sobre la socialización urbana que se pretende en el espacio. La otredad amenazante se traduce en prácticas que en algunos momentos, conllevan a una discriminación y estigmatización de otros(as) habitantes de la

3 Durante la investigación, se realizaron 10 entrevistas a profundidad a mujeres trabajadoras del sexo de San José. Los requisitos para participar fueron: considerar la calle como un espacio de trabajo y tener un mínimo de 3 años en el trabajo sexual. Metodológicamente, la investigación fue cualitativa, con un corte etnográfico muy importante que sumó a la recolección de información, el análisis de los resultados y la experiencia vivida.

ciudad. Para Cisneros (2008), entre los efectos sociales que se producen de esta conflictividad urbana se pueden identificar: la erosión de las redes de interacción social, la generación y el aislamiento de las comunidades y de los grupos, la búsqueda y la identificación del origen de la inseguridad en otros sujetos, y la identificación y estigmatización de ciertos lugares catalogados como peligrosos. Como se observa, la construcción de estas geografías del miedo contribuyen no solo a crear una percepción de inseguridad en detrimento de sujetos sociales que han sido excluidos permanentemente de la vida económica y social del país, sino también espacios populares habitados por estas personas⁴.

EL MIEDO COMO FORMA DE HABITAR LA CIUDAD

El miedo es siempre una experiencia individualmente experimentada, socialmente construida y culturalmente compartida (Reguillo, 2000:3).

Las geografías del miedo se componen de ese sentimiento que como señala Reguillo, parte de una experiencia concreta e individual, aunado a lo social, ya sea a partir de los medios de comunicación y la socialización en sí, construyendo también nociones de inseguridad, riesgo, amenaza y peligro. Este miedo en la ciudad se ve traducido en la práctica del espacio vivido, atravesado así de miedos acoplados a un imaginario social desplegado en estereotipos y comportamientos sociales, e insertos en la memoria colectiva. Además, socialmente se preparan formas de respuesta estandarizadas ante las posibilidades y situaciones de peligro.

Un aspecto importante de señalar en este punto es que muchos de los miedos narrados y que conforman estos imaginarios, se encuentran mediados por la experiencia de la exclusión, la pobreza, la marginación y la violencia; donde los miedos urbanos provienen

en parte de la incertidumbre laboral, asistencial, afectiva y de seguridad que viven las y los habitantes de la ciudad. Este aspecto resulta fundamental en el análisis de los miedos y las geografías que estos provocan, ya que dan paso al estudio de la inseguridad a través de condiciones económicas y sociales macro que inciden en la configuración del sentimiento de miedo en la ciudad, creando esa intersección entre los factores macro y micro que se entrelazan en la realidad social.

La función de orden y control que trae consigo el sentimiento de miedo, es un factor esencial al analizar cómo la inseguridad opera en la ciudad. Al ser el miedo una experiencia socialmente construida, genera también cierto control de la vida social e incluso, de las emociones individuales y colectivas, a través de la exageración, el rumor y la imaginación, dando como consecuencia la configuración del miedo como un modo de vida cotidiano. De esta forma, las distintas políticas de seguridad y mano dura que se han venido implementando en las ciudades latinoamericanas, se convierten en expresiones de este control en la ciudad. Esto se puede observar ejemplificado en prácticas puntuales de la policía, tales como, las torres implementadas en la Avenida Central de la ciudad de San José. Estas poseen como objetivo la mira, ese panóptico del que habla Foucault (1976), que vigila toda actividad llevada a cabo en este espacio. Entonces se puede percibir cómo la sociedad, a través del miedo, socialmente compartido, acepta ciertas disposiciones de los gobiernos y la autoridad local para mantener el orden y la “seguridad” en la ciudad.

Ahora, volviendo al nivel subjetivo del miedo, surgen distintas interrogantes que van delineando el análisis de las percepciones de miedo e inseguridad de la presente investigación: ¿qué representaciones y cartografías del miedo existen en la ciudad?, ¿dónde, cuándo y a quiénes se teme?, ¿qué papel tienen los miedos en la sociabilidad en el espacio urbano? y ¿cómo orientan las prácticas en la ciudad? Estas respuestas son las que van a ir dibujando esas geografías del miedo que construyen las mujeres trabajadoras del sexo sobre la ciudad de San José y a su vez, dan cuenta de cómo afectan estas

4 Durante la investigación, se indagó sobre aquella otredad amenazante que las mujeres trabajadoras sexuales construían en la ciudad. Para ahondar en este tema, revisar la tesis “Percepciones y prácticas de las mujeres en el espacio urbano: el caso de las trabajadoras sexuales en Costa Rica”. 2013.

percepciones la vida cotidiana de las mujeres, ya que como afirma Reguillo (2000), el miedo no es solamente una forma de hablar el mundo, es además una forma de actuar.

LA SITUACIÓN DE LAS MUJERES

El miedo es un veneno paralizante que se va inoculando en pequeñas dosis desde la infancia, con mensajes cariñosos como “ten cuidado” o “no te fíes de desconocidos” y que de vez en cuando, requiere tratamientos de choque encapsulados en noticias terribles. El miedo funciona como una caja de resonancia del discurso ancestral que considera que la asociación mujer/calle hace referencia a aquellas que están fuera de lugar o fuera del momento que les corresponde (Román, 2009).

A lo largo de la investigación, la variable género ha sido fundamental para comprender las diversas formas de percibir y practicar la ciudad. En relación al miedo y la inseguridad, el género vuelve a establecer una diferenciación. No es lo mismo ser hombre en lugares inseguros que ser mujer, no son tampoco los mismos tipos de miedo, lugares o los Otros amenazantes identificados. Al igual que la clase social, el género viene a constituir una experiencia particular del miedo en la ciudad.

Así, el miedo de las mujeres no es espacial, ya que estas experimentan mayor aprensión hacia lugares aislados —parques, callejones, estacionamientos— y por tanto, su ansiedad restringe sus movimientos y su uso independiente del espacio, especialmente durante la noche. El miedo se fija en los espacios públicos y de manera especial en aquellos que son desconocidos o sobre los que se ha formado una imagen negativa (Sabaté, Rodríguez y Díaz, 1995). La limitación al movimiento, en especial a altas horas de la noche; los lugares que se frecuentan y por tanto, las personas que acompañan o no esta salida; la amenaza constante de la violencia género, que va desde los piropos o silbidos hasta una violación; son todas formas que inciden en la manera en que se construye y vive una cotidianidad en la ciudad para las mujeres. Otras consecuencias de las (in)seguridades de las mujeres que se traducen en limitaciones al uso y disfrute de la ciudad

son: obstáculos a la participación en la vida social, actividades físicas y de esparcimiento, estudios, trabajo, activismo social o político; falta de autonomía, aislamiento (en especial las mujeres de edad) y la percepción de un mundo exterior amenazante y peligroso, generando así, el sentimiento de desconfianza en la ciudad (Falú, 2009).

Además, las mujeres desarrollan estrategias particulares como parte de ese manual de sobrevivencia urbana. Algunos ejemplos de estas prácticas: que la espere el esposo o el papá en la parada del bus, preferir no frecuentar lugares que se reconocen como masculinos, hasta simplemente quedarse en la casa y no salir, limitando los movimientos urbanos y repitiendo trayectos e itinerarios de manera monótona, ya que estos lugares se han recorrido varias veces y se constituyen como trayectos seguros. Aunado a estas restricciones, se observa cómo en la vida cotidiana de las mujeres en la ciudad coadyuvan dos tipos de violencia, la violencia de género estructural y la violencia urbana. A pesar de que esta última afecta primordialmente a los hombres, la percepción de miedo e inseguridad ante una violencia es mayor en las mujeres⁵.

Existen varias razones que motivan una fuerte sensación de inseguridad en las mujeres. Al verse como mujeres dentro de un sistema patriarcal que limita su autonomía y que perpetúa una desigualdad de género, la vivencia de lo urbano toma matices distintos. Para Soto (2007), lo que está en juego bajo cualquiera de las formas de intimidación que perciben las mujeres, es el efecto de control que el espacio puede ayudar a construir, en la medida en que las interacciones, los actores, la percepción y la utilización espacial, son fuertemente influenciados por las formas urbanas de los lugares públicos. En este sentido, las mujeres en la calle comparten la posición de sumisión frente al poder de los hombres.

La violencia de género, es decir, aquella violencia ejercida sobre las mujeres por el solo hecho de ser mujeres, es una problemática que viene aquejando a la mitad de la población

5 Encuestas realizadas por la Red Mujer y Hábitat de América Latina, Centro de Información en Ciencias Sociales y Administrativas (CICSA), 2007.

mundial. Esta violencia plasma una dominación por género producto de relaciones desiguales de poder, donde las mujeres son subordinadas y víctimas de discriminación. Esta violencia de género ejercida ya no solo en el ámbito privado, sino también en el espacio público, posee consecuencias en la forma en que las mujeres organizan su vida cotidiana. La decisión de no salir y quedarse en casa, los cambios de rutinas y la subjetividad que se construye a partir de esta percepción de miedo e inseguridad, puede remitir a las construcciones históricas y culturales del “ser mujer”. Para Falú (2009), esto contribuye a ahondar los sentimientos de inseguridad y debilitar la autoestima de las mujeres, asimismo, opera una suerte de fortalecimiento de las dependencias y debilitamiento de las ciudadanías, al retransmitirse en el entorno familiar, barrial y social. Este proceso se caracteriza no solo por su repetición, sino también por el retroceso que implica en la producción y reproducción de viejas y nuevas subjetividades femeninas en las cuales se expresa el temor y la vinculación de las mujeres con este.

El tema del espacio privado es fundamental para el análisis de estas geografías del miedo. En general, lo que se vive en relación a la inseguridad y las mujeres, es un retorno a lo privado, al espacio controlado, visto como el espacio “seguro”. Sin embargo, existen datos que comprueban que los lugares más peligrosos, donde existe un mayor número de violencia hacia las mujeres, son sus propios hogares. En el 2004, se realizó por primera vez en el país la Encuesta Nacional de Violencia contra las Mujeres, la cual arrojó así datos relevantes que ponen en cuestión mitos sobre dicha violencia.

Para el caso de la violencia sexual, en Costa Rica, los hombres cercanos son los principales perpetradores de esta manifestación de la violencia, sobre todo de las más severas, como la violación o el intento de violación. En el caso de las violaciones, un 78% son realizadas por un hombre con el que la mujer tiene o tuvo una relación de pareja. Cuando a esta forma extrema de violencia sexual se le agregan otros hombres de la familia, el porcentaje aumenta a un 81,9%. Es decir, más del 80% de las violaciones contra mujeres mayores de 16

años en el país, son cometidas por hombres con quienes las mujeres tienen o tenían una relación familiar o de pareja (Sagot y Guzmán, 2004).

Este dato comprueba que la seguridad en el espacio público de las mujeres no posee el mismo riesgo que la seguridad en el espacio privado, más su percepción es inversa. Como se logró apreciar al inicio de este artículo, la percepción de miedo e inseguridad en la ciudad pone en riesgo la sociabilidad urbana. Aquellos lugares propios del espacio público al ser categorizados como lugares del miedo y por tanto, evitados por cierta parte de la población, disminuyen su objetivo de potenciar las interrelaciones urbanas, la socialización, el tejido social y por último, el ejercicio de un derecho a la ciudad. Con este último concepto en mente es que se debe de discutir el tema del espacio público y privado, sus geografías del miedo y sus otros(as) amenazantes. De esta forma, se pueden problematizar aspectos sociales y políticos de la vida en la ciudad.

La desigualdad vivida como mujeres se expresa no solo en el diseño urbano, sino en la forma en que los lugares se configuran como prohibidos o inseguros de acceder. Para Falú (2009), se trata de crear una ciudad donde las mujeres se apropien de sus derechos y recuperen las calles, extendiendo el discurso de reconocimiento de los derechos a otros colectivos o grupos excluidos de la ciudad. El caso de las mujeres trabajadoras del sexo es un ejemplo aún más dramático de la marginalización que viven, ya no solo en tanto mujeres, sino en tanto trabajadoras del sexo, identidad que la sociedad ha llegado a relacionar con estigmas, prejuicios y discriminaciones.

LUGARES (IN)SEGUROS: LA ZONA ROJA Y LA MERCED

Los lugares inseguros, lugares de terror y lugares de miedo son aquellos espacios identificados en el imaginario social de una ciudad como zonas donde existe una violencia urbana y la práctica delictiva (o represiva) es frecuente. Al respecto:

Los espacios del terror son aquellas unidades geoespaciales de la ciudad reconocidas, tanto por la autoridades de

seguridad pública como por los propios ciudadanos, como lugares de alta peligrosidad o criminalidad; estos espacios se encuentran constituidos en gran medida por dos causas; la primera, como resultado de un complejo imaginario caracterizado por la probabilidad de la ocurrencia, como por el temor de la recurrencia de vivir un acto violento en sí, aún sin haberlo experimentado. Son espacios producto de una serie de consecutivos relatos del miedo al uso de determinados territorios en la ciudad, son producto de la narración de las vivencias encarnadas en cifras oficiales (Cisneros, 2008: 68).

Estos espacios o lugares (in)seguros identificados en la ciudad, forman parte de las geografías del miedo construidas a partir de factores que inciden en el nivel de inseguridad de un lugar dado. Al nombrar estos espacios como lugares de miedo, se están evaluando distintos aspectos que conforman cada uno, por ejemplo, las características físicas y morfológicas, el deterioro del lugar, la iluminación y la presencia de otros amenazantes. Debido a esto, se observa como los lugares (in)seguros son construidos socialmente, ya que en parte su arquitectura y su mantenimiento son claves para la consideración de estos lugares como peligrosos. Una característica esencial de estos espacios es la exclusión. Exclusión no solo vivida por las personas que no pueden utilizar o transitar estos lugares; sino también, la exclusión misma de la ciudad, de las políticas y la gestión del desarrollo urbano, ya que estos lugares no se vuelven de interés local-político, lo cual deja en mayor deterioro, las características y las condiciones del espacio. Reguillo plantea que existen tres factores cuyo funcionamiento se torna fundamental para comprender los dominios del miedo:

- a) La proximidad (del elemento detonante del miedo), como referente espacio-temporal: nuevos regímenes de visibilidad, que emergen con la globalización tecnológica y cuya principal característica es acercar lo lejano mediante el efecto de verosimilitud.
- b) (La idea de) el “daño” inminente que se traduce en (miedo a la) pérdida, (miedo al) perjuicio material o (miedo al) dolor físico o moral: experiencia expandida propia de la sociedad del riesgo.
- c) La imbricación entre lo que tiene existencia efectiva y lo que es representado (2008: 70).

Estos tres factores pueden ser identificados al momento de analizar las geografías del miedo en la ciudad para las mujeres trabajadoras del sexo y son los que guían el siguiente análisis sobre los espacios tópicos, heterotópicos y utópicos. Durante el trabajo de campo, las 10 mujeres trabajadoras del sexo entrevistadas identificaron la Zona Roja, los alrededores del Paso de la Vaca, el Mercado Borbón, La Coca Cola y los alrededores del parque de La Merced, como los lugares más inseguros de la ciudad de San José.

LA CIUDAD ENTERA COMO ESPACIO TÓPICO

La percepción de inseguridad vivida en el país ha sido un fenómeno analizado ampliamente en distintas encuestas y trabajos de investigación. Además, responde a un sentimiento generalizado de miedo, siendo la delincuencia uno de los principales temores de la población. Según datos de la encuesta realizada por UNIMER, para junio de 2011, un 49% de la población consideraba que el principal problema del país era la inseguridad y la delincuencia. Para el año 2012, se realizó la misma encuesta y los resultados obtenidos variaron cuantitativamente, ya que se pasó de un 49% a un 35%. A pesar de que hubo este importante cambio, el tema de la inseguridad continúa siendo el principal problema del país, muy por encima del desempleo que cuenta con un 17% (*La Nación*, 1°/02/2012). Bajo este imaginario nacional, la inseguridad cobra un peso importante y modifica las distintas prácticas asociadas a la seguridad, se compran nuevas tecnologías, se enrejan las casas, se contrata mayor seguridad privada, se adquieren armas, entre otras cosas.

En relación con la ciudad de San José, las personas también modifican su práctica urbana, por ejemplo, no se porta joyería, el

bolso se coloca adelante y las personas en los vehículos cierran sus ventanas al pasar. Las prácticas cambian no solo a nivel individual, sino que inclusive a nivel empresarial se empiezan a utilizar más cámaras, espejos o como señalan Sánchez, Paniagua, Brenes, Rojas y Mata (2013), se utilizan cadenas para prevenir que se haga un robo de las sillas de los locales. Un aspecto interesante de recalcar sobre las distintas medidas y estrategias de seguridad tanto individuales como empresariales es el sentido de mayor inseguridad que producen a nivel social, ya que las personas se sienten amenazadas y recurren a dispositivos y prácticas que van alimentando o dotando de significado ese temor e inseguridad en la ciudad. Respecto a la pregunta sobre la inseguridad en la ciudad, varias mujeres respondieron con este imaginario; es decir, se consideraba en su totalidad a la ciudad de San José como un lugar inseguro y riesgoso. Al respecto, Yuri⁶ comenta: “Bueno, yo diría que todo, porque aquí no hay nada seguro ya. Ya uno más bien sale caminando con miedo, sale a la calle y por todo y por nada le roban. Uno no tiene nada y ya lo friegan” (2012).

Ante este imaginario colectivo, se construye una memoria relacionada con experiencias vividas y lo producido por los medios de comunicación. Para Cisneros (2008), esta memoria colectiva conlleva también cierto control de la vida social e incluso, de las emociones individuales y colectivas; donde este se manifiesta en rumor y exageración de un miedo ritualizado como modo de vida. Ante esta perspectiva, se indagó a profundidad en las entrevistas, por aquellas micro geografías o territorios dentro de la ciudad que produjeran ese miedo espacial. Esto con el fin de contar con un imaginario distinto al generalizado por la población costarricense y poder así, cartografiar el miedo en la ciudad de las mujeres trabajadoras del sexo.

6 Las mujeres que formaron parte de la presente investigación crearon nombres ficticios o pseudónimos para ser utilizados para proteger su identidad. Algunos de estos son: Lulú, Yuri, Angélica, Flor, Aurora, Yazmín, Laura y Sharid.

EL ESPACIO TÓPICO: LA ZONA ROJA

Como lo define Reguillo, el espacio tópico representa ese lugar en la ciudad que se puede definir como “seguro”, pero que de igual forma se encuentra en riesgo por las condiciones o características del entorno. En el caso de las mujeres trabajadoras del sexo, la Zona Roja representa ese espacio tópico en la ciudad de San José: “... ya Zona Roja es lo que se llama... donde diay uno tiene que andar como dicen ‘con el ojo al Cristo’. Porque donde uno espera, lo que usted menos espera puede salir un problema, en todo lo que se llama la Zona Roja, todo esto” (Lulú, 2012).

Por esta razón, se analizarán las condiciones y características de este espacio en relación con su constitución como lugar (in)seguro. La Zona Roja —como construcción simbólica de un lugar en la ciudad de San José— reúne rasgos que en el imaginario social componen los lugares de temor. Esta zona se ubica en un sector marginado de la ciudad, donde la inversión económica ha sido casi nula, tanto del gobierno local como por parte de la empresa privada. Debido a esto, las calles se encuentran en mal estado, muchos locales están en estado de abandono y se presenta una fuerte economía informal, sobre todo en los alrededores del Mercado Borbón. En la Zona Roja se encuentran también diversos bares y puntos de distribución de drogas, lo que contribuye a la configuración de este espacio como un lugar inseguro dentro de la ciudad de San José. Además de estas características tangibles de la Zona, existe el efecto simbólico de la construcción de una imagen creada de la inseguridad, cuyo efecto impacta en la edificación de un sentimiento de vulnerabilidad y etiquetamiento colectivo de ciertos espacios de la ciudad.

La experiencia de las mujeres trabajadoras del sexo en este contexto territorial responde a ciertas percepciones del miedo que intervienen en el uso y práctica del espacio público de esta zona. Para Angélica (2012), la inseguridad en la Zona Roja se debe al ambiente y a los diferentes sucesos que cotidianamente se viven: “tal vez algo que pase en el entorno me hace sentir insegura, un accidente, o un herido, una bala o algo así”. La reacción de Angélica (2012) responde a una percepción de inseguridad que engloba los distintos riesgos que se pueden enfrentar al habitar este

espacio de la ciudad. Esta mujer hace referencia a situaciones que ha podido observar a lo largo de sus años en la Zona. Al igual que Angélica, Flor ha tenido experiencias cotidianas que concretizan esa percepción de inseguridad:

—Diay mami, aquí casi todos los lugares son inseguros, veá. Porque aquí donde estamos nosotras, ni para qué. Vea, ahora en la mañana vino unos guardas que hay ahí y le pegaron a un muchacho solo porque él iba corriendo con la mercadería a meterse a un lugar y el señor dijo que no, que él venía saliendo de comprar la mercadería, diay para salvarse. Entonces, lo arrinconó a la pared y de una vez le mandó. Y venía otro y otro le dio al muchacho, y tuvimos que meternos. Yo le dije: “diay no le pegue”. Y le digo yo al muchacho: “venga papa, póngase, mejor camine porque diay lo van a joder entre los dos” (2012).

La reciente experiencia de inseguridad que vivió Flor en la Zona, no atañe directamente a su integridad o seguridad física, mas pone en peligro la de otro. En este sentido, se construye un acto de solidaridad, donde no solo ella interviene sino también el resto de trabajadoras del sexo que presencian los hechos. Además de esto, Flor (2012) denuncia el abuso de poder de la seguridad privada del Mercado, donde a base de prejuicios y no de pruebas, arremeten y violentan a un joven. Aurora cuenta otra experiencia vivida de inseguridad en la Zona, esta vez por los alrededores del mercado Paso de la Vaca: “... una vez yo me fui para un hotel allá, que yo le había contado a usted. Y cuando yo salí del cuarto ahí me hicieron reventado el bolso, todos los papeles y todo se me fueron. Entonces yo quedé curada⁷ con esa cosa” (2012).

A lo largo de las distintas entrevistas, la constante fue el haber vivido por lo menos una vez algún tipo de situación de inseguridad real en la Zona Roja. La experiencia vivida, más el papel de los medios de comunicación, más las figuras

de otredad amenazante van tejiendo esa geografía del miedo, ese lugar (in)seguro en la ciudad, donde a pesar de este sentimiento, las mujeres se ubican cotidianamente para ejercer su actividad laboral.

En la construcción de los usos y las prácticas en la ciudad, es importante contrastar la forma en que la percepción se ve reflejada en el uso o no de estos espacios. Seguido de esto, se observará por qué a pesar de que la Zona Roja es pensada como un lugar inseguro, continúa siendo un lugar propio y de reconocimiento para las mujeres trabajadoras del sexo. Así, el espacio tópico va cobrando vida, al representar un lugar “seguro”, que se encuentra constantemente amenazado. Al contrastar así la percepción con el uso, se puede ver la experiencia de Angélica: “—sí, yo visito todos esos lugares porque yo soy parte del entorno, ¿no? He sido parte por muchos años del trabajo sexual, entonces no me da miedo. Sí tengo cuidado, pero no me confío tampoco porque igual no estoy ausente a que me pase algo” (2012).

La decisión de Angélica de hacer uso de este territorio o lugar inseguro de la ciudad, alude a una identificación con el entorno. Aquí es interesante resaltar que al ser ellas parte del ambiente, podrían ser identificadas también como figuras amenazante para otros(as) habitantes de la ciudad. Esta identificación de otredades en la ciudad lo que va mostrando son los distintos imaginarios que se construyen a partir de un lugar dado en una sociedad, que parte de variables como la clase social, el género, la etnia y la edad. Para ejemplificar esto, la situación particular de una mujer joven y de clase media, quien seguramente identificará la Zona Roja en su totalidad como un lugar amenazante, no haciendo distinción entre sus figuras amenazantes y por tanto, incluyendo a las trabajadoras del sexo en esta otredad. En cambio, para las mujeres que viven este espacio cotidiano, la otredad proviene de otras figuras. Ahora, esta identificación con el entorno parte entonces no solo de su uso cotidiano, sino también de la representación de la zona en el imaginario social como un lugar de trabajadoras del sexo; es decir, ellas como sujetas de este espacio público. La identificación con el lugar también repercute en las prácticas y percepciones sobre el espacio, ya que las mujeres aprenden y socializan los

7 Quedar “curada” hace referencia a no volver a confiar y por lo tanto, no asistir al hotel donde sufrió el delito.

distintos códigos y situaciones que se viven diariamente en la Zona Roja.

Otro aspecto importante que surgió de las entrevistas y que se relaciona con la identificación con el entorno, fue el hecho de que estas mujeres fueran conocidas por las y los habitantes usuales de la zona. Al respecto, Yazmín (2012) comenta que ella también hace uso de esta Zona que pertenece a sus geografías del miedo y esto se debe a que no posee temor: “—... porque ya todo aquí... ellos me conocen. Más bien me acompañan”. El hecho de que las trabajadoras del sexo se ubiquen cotidianamente en la calle 8 para ejercer su actividad laboral, posibilitando así que conozcan los distintos locales que se relacionan con el trabajo sexual —por ejemplo pensiones o bares— y por lo tanto, conocer también a sus dueños y usuarios(as), resignifica o relativiza el temor real que sienten estas mujeres. De alguna forma, ellas perciben una seguridad que deriva de los años y la sociabilidad que se ha construido en este espacio. Se puede inferir que a pesar de que la inseguridad disminuye, la sociabilidad urbana en las ciudades —en algunos casos— opera una situación inversa, donde, gracias a la sociabilidad, se adquiere seguridad en estos espacios de temor.

La decisión de continuar haciendo uso de la Zona Roja, en algunos casos proviene de una

situación social y económica que no da un margen de decisión; es decir, se está en la Zona y se hace un uso de este espacio debido a que no hay otras opciones. Así lo señala Lulú:

—Diay cuando, aunque fuera inseguro y todo, siempre estaba aquí metida porque diay no tenía para donde irme. Como no tenía para donde irme, diay aquí [en la zona] vivía metida porque no tenía para dónde, entonces aquí tenía que estar por fuerza, quisiera o no quisiera tenía que estar aquí metida (2012).

Las condiciones de vida de muchas de las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en este lugar de la ciudad, inciden en el hecho de que este se convierte ya no solo en su lugar de trabajo, sino también en su lugar habitacional. La mayoría de las mujeres entrevistadas cobran entre 2000 a 5000 colones, es decir, entre \$4 y \$10. En los casos en que las mujeres no poseen una red de apoyo, este ingreso no les permite alquilar algo fuera de la Zona o de mejor calidad. El consumo de drogas y alcohol también son factores que incurren en que muchas de las mujeres se mantengan de manera constante en este lugar.



IMAGEN 1
LICORERA EN AVENIDA 5

Fuente: Fotografía tomada por Angélica, 2012.⁸

8 Varias de las fotografías aquí presentadas fueron tomadas por las mujeres trabajadoras sexuales que participaron de la investigación. La herramienta metodológica fue la fotografía participativa, donde se le entregó a cada mujer entrevistada una cámara desechable de

27 cuadros, con el objetivo de que fotografiaran la ciudad y así poder analizar su percepción y prácticas. También, se realizó una entrevista fotográfica donde, una vez reveladas las imágenes, se discutieron las mismas, sus significados, emociones e intenciones.

LOS ESPACIOS TÓPICOS EN EL TRABAJO SEXUAL

Dentro de la configuración de espacios y geografías del miedo, las mujeres identificaron también lugares seguros para ejercer el trabajo sexual. Aquí se establece entonces una relación entre el espacio dado, la actividad laboral y el género.

LOS “LOCALES” Y LA CALLE

Para muchas de las mujeres entrevistadas, los “locales” —es decir, aquellas pensiones, hoteles y salas de masajes— representan esos lugares seguros en los que se puede ejercer el trabajo sexual. Las mujeres señalaron distintas razones del porqué estos locales se definen de esta manera. Una de estas es la presencia de la seguridad privada del local, ya que les genera confianza de que en alguna eventualidad, el mismo local podría responder y responsabilizarse por ellas. Otra razón es la solidaridad que se construye entre las mujeres. A pesar de que el trabajo sexual en sí es una actividad que se caracteriza por una alta competencia; en el caso de la seguridad, se considera que prevalece esta solidaridad de poder contar con otras compañeras ante una agresión o riesgo individual. Esta colectividad que expresa solidaridad es una de las prácticas de resistencia identificadas en la ciudad. Ante la dominación y la inseguridad que las mujeres viven en la ciudad, desarrollan la solidaridad entre ellas como una forma de protegerse ante tales situaciones. En este espacio social que habitan cotidianamente (calle 8), las mujeres construyen prácticas y discursos de resistencia, donde la coordinación y la comunicación implícita se dan entre el grupo de dominadas(os). Como señala Scott (2007), una subcultura de la resistencia o una contracostumbre es forzosamente un producto de la solidaridad entre subordinadas(os).

La calle —específicamente frente al Mercado Borbón— representa también ese espacio “seguro” para el trabajo sexual, según otras mujeres entrevistadas. Esto se debe a varias razones, por ejemplo, al igual que en los locales, las mujeres sienten un acompañamiento y seguridad por parte de las otras mujeres que se encuentran en la calle —expresado entonces

como práctica fraterna. Laura (2012) comentaba sobre lo que la hacía sentirse segura de trabajar frente al Mercado: “—diay porque ya yo conozco a todos y a todas las muchachas. Entonces ya uno está tranquilo ahí”. Otra práctica solidaria se relaciona con el hecho de que en la calle, las mujeres saben y reconocen que sus compañeras vieron el lugar y el cliente con el que se encuentran, lo cual genera seguridad ante la eventualidad de una agresión o violencia. Los locales, al igual que la calle, corresponden a lugares habituales en la Zona Roja donde se ejerce el trabajo sexual. A pesar de que existen condiciones y amenazas a estos espacios tópicos, las mujeres desarrollan un reconocimiento y apropiación de estos espacios, que los constituye entonces como lugares seguros donde ejercer su actividad laboral. Es importante considerar el lugar desde donde se enuncian estos espacios tópicos, es decir, el imaginario construido a partir de una experiencia en el trabajo sexual, que en la mayor parte de los casos inició en los locales y en la actualidad, se encuentra en los alrededores del Mercado Borbón.

AMENAZAS A ESTOS ESPACIOS TÓPICOS

Como se expuso anteriormente, los espacios tópicos se caracterizan también por la presencia de la amenaza a la seguridad percibida en el espacio. En el caso de los espacios tópicos del trabajo sexual, las mujeres entrevistadas identificaron varios riesgos que persisten en estos. Dentro de los locales, un factor asociado a la inseguridad generada en estos lugares se relaciona con la escogencia del cliente. Para las mujeres que laboran en los locales, no existe dicha escogencia, ya que son los clientes quienes deciden. Esta dinámica fue denunciada en varias ocasiones debido a la falta de independencia y autonomía que provocaba. En este sentido, las mujeres podrían verse en medio de una situación de riesgo y sentirse aún más inseguras dentro de un local con un cliente amenazante.

Otra amenaza identificada en relación con la seguridad en los locales, fue la eventualidad de un asalto o la presencia de armas en el lugar. A pesar de que esta amenaza no fue concurrida en las respuestas de las mujeres, sí

evidenció el sentimiento de inseguridad general que se vive en la ciudad. Dicho sentimiento parte de un miedo extendido y que se encuentra mayormente influenciado por los distintos sucesos de inseguridad que desbordan los medios de comunicación. Así, se parte de una situación inesperada y abstracta de un eventual asalto o disputa que incluiría el uso de armas.

Entre las principales razones que ponen en riesgo la seguridad de las mujeres en la calle, se encuentran el consumo de alcohol y drogas. En este sentido, muchas son las personas que, según las entrevistadas, asaltan a cualquiera con el fin de satisfacer su necesidad de consumo de droga, principalmente el crack. Los clientes que ingieren altas cantidades de alcohol, también representan inseguridad al momento de trabajar en la calle. Al respecto, Angélica señala: “... porque ahí siempre está metido el alcohol, drogas y los clientes hay veces se ponen difíciles. Solo por el hecho de tener ese trabajo no es fácil. Cuando los clientes ya están muy tomados ya el solo hecho es muy difícil” (2012).



IMAGEN 2
CALLE 8

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora, 2012.

Otra amenaza a este espacio considerado “seguro”, responde a una característica misma del trabajo sexual y que remite al espa-

cio privado: la necesidad del uso del condón. En muchas ocasiones, los clientes no desean utilizar estas medidas, poniendo en riesgo a las mujeres y a su salud. Algunas estrategias de los clientes es pagarles un dinero extra por el servicio. Esta situación se ha venido disminuyendo debido a una gran concientización que ha dado la Asociación La Sala⁹ respecto a la importancia del uso de protección durante el ejercicio del trabajo sexual. Sin embargo, son muchos los clientes que todavía solicitan el servicio “extra”. Sharid comenta:

—Si un viejo quiere entrar con uno sin preservativo y digamos uno le dice “sí con preservativo” y llega adentro y ya le dice “no es que ya no voy a usar el preservativo”. Si uno se resistía, que lo agarrara y le pegara, o que medio lo matara adentro. O que le dijera “no te voy a pagar”. Ya uno que se ponga bravo, entonces no se sentía seguro uno en ningún momento. Porque más que todo en ese campo de que uno es la misma jefa, corre más riesgos (2012).

El espacio privado representa, como se observó, ese lugar en el cual las mujeres viven mayores violencias de género. Para las mujeres trabajadoras del sexo, en el espacio privado del hotel pueden suceder varias situaciones que amenazan su seguridad. En términos de salud queda claro el peligro que representa el no utilizar un preservativo para la vida y al trabajo de estas mujeres. La violencia que se ejerce en lo privado toma de esta forma distintas caras, donde como dice Sharid (2012), la negativa al pago del trabajo realizado es una posibilidad. Esta situación o la posibilidad de que el mismo cliente le robe a la trabajadora del sexo son experiencias que confirman esta amenaza en el espacio privado y las cuales se han dado en el espacio de un hotel. Además, tal y como lo comentó Angélica

⁹ El apoyo recibido por las mujeres de la Asociación La Sala fue fundamental para el desarrollo de esta investigación. Esta organización vela por los derechos de las mujeres trabajadoras sexuales. Para más información consultar la página web <asociacionlasala.org>.

(2012), las mujeres también aceptan montarse en los automóviles de los clientes, espacio privado donde se ven expuestas a múltiples amenazas. La experiencia de Sharid en esto es lamentable, ejemplificando los niveles de violencia urbana y de género, bajo los cuales las trabajadoras del sexo se ven inmersas en su cotidianidad:

—Sí, porque di, cuántas muchachas no se han llevado y han aparecido muertas. Diay sí, porque las montan en un carro... porque hasta eso. Yo me he montado en carros, y cuántas veces no me quisieron matar. Una vez me salió un señor con un cuchillo así y me dijo “es que yo odio a las mujeres”. Le digo “¿di pero por qué?”, me dice “yo detesto a las mujeres, y yo quiero irme deshaciendo de todas, así poco a poco, de una por una, pero quiero ir matando a todas”. Claro, que si yo no me hubiera tirado de ese carro, yo no estaría contando el cuento. Sí claro, yo abrí la puerta y... toda golpeada y de todo pero digo yo “bueno, pero estos golpes se me quitan, voy a llorar y del dolor y no mi mamá de la tristeza”. Entonces, otro viene y me recoge en un carro y me dice, ya quedamos hicimos el negocio de cuánto y tanto. Y ya pasó lo que pasó. Y ya después terminamos bien, terminamos en buenos términos y todo. Y a lo último veo que me saca un revolver. Me dice “le voy a pegar un balazo”, de igual manera tuve que abrir el carro y yo no sé me tiré por un charral y de todo (2012).

Ambas experiencias reflejan esta violencia de género, donde las mujeres son víctimas de agresiones de todo tipo, solo por su condición de ser mujeres. El primer caso es claro, el odio a las mujeres ha sido una de las principales razones que se aluden en los femicidios. En este sentido, es necesario ir reconociendo y denunciando el espacio privado como lugar de amenaza y principal espacio de violencia de género.

La temporalidad del día en el espacio tópico de la calle resulta también fundamental al considerarlo un lugar seguro o inseguro. Con respecto a la seguridad, Angélica señala:

—... la calle sí pero temprano, en horas tempranas de la mañana, porque ya después de las seis no es ningún lado seguro porque puede pasar un carro, de tirar algo, o lo puede montar a uno. Bueno, ahora hay mucha cámara pero hay más probabilidades de que alguien lo socorra más rápido en el día que hay más... Porque la cámara habla pero diay a uno por montarlo en un carro, la cámara dice si a alguien se llevaron, pero no es muy seguro verdad (2012).

El horario nocturno representa en este espacio de trabajo una amenaza debido a las agresiones que pueden sufrir en la calle en razón de su trabajo¹⁰. Al respecto, se hace referencia al decir “lo pueden montar a uno”, para dar a entender a la práctica más o menos habitual de subirse a un carro para atender a un cliente. Debido a esto, Angélica (2012) considera que a altas horas de la noche en la calle, se está expuesta a que esto suceda. También se hace referencia al uso de tecnologías de seguridad que se vienen implementando a lo largo y ancho de la ciudad. Estos dispositivos poseen como objetivo otorgar tranquilidad y seguridad a las y los habitantes, además de ser prueba de delitos. En el imaginario de esta mujer, las cámaras vienen a identificar y proporcionar cierta seguridad; sin embargo, resulta dudoso si a estas se les presta atención o seguimiento.

Otra amenaza identificada por las mujeres fue la poca presencia de agentes de la Fuerza Pública en la Zona, a altas horas de la noche, esto a pesar de que en la esquina noroeste se encuentra una delegación policial. Como se describirá en el siguiente apartado, la policía posee un doble papel a la hora de analizar la (in)seguridad vivida en estas geografías del miedo. Es importante señalar la presencia de la policía como agente o dispositivo de control

10 Las mujeres trabajadoras del sexo que se ubican en esta zona, laboran en horarios diurnos, generalmente entre 8am a 5pm o máximo 6pm. El motivo de la inseguridad es el principal factor para que el trabajo sexual que se da en la calle se realice principalmente de día.

y de seguridad al habitar la zona. Varias de las mujeres entrevistadas comentaron hacer uso de estos agentes ante crímenes vividos. Al respecto, Flor comenta:

—... en el cuarto porque un día un cliente me quería seguro... y como yo no quise. Entonces tuve que salir chinga, y ponerme la ropa, y había dejado las botas y el hombre se me llevó las botas. Y después yo andaba como loca buscando esas botas porque no podía llegar sin las botas a la casa. Una amiga mía, Aurora, agarró al hombre, le quitó las botas, me lo trajo a la delegación, y me vine yo y me dice el tipo “pero Rosa, como me va a dejar aquí, si usted me conoce a mí, yo no te iba a robar”. Le hago “a mí qué me importa, ahí te quedás” (2012).

Para Lulú, la inseguridad que se puede generar frente al mercado responde también a un conflicto entre las mismas trabajadoras del sexo: “siempre las viejas se están peleando la bolsa de los viejos. Siempre pelean las bolsas de los viejos y un montón de cosas. Siempre quieren la plata de los viejos y un montón de cosas, es lo inseguro” (2012).

Esta amenaza remite a experiencias vividas de conflictos entre mujeres trabajadoras del sexo. Entre las razones que motivan a las mujeres a pelearse en el espacio de trabajo, Flor comenta:

—Di por hombres, o por licor, o por lo que sea. Aquí hace poco mataron a una amiga mía, Gina, la mató otra mujer. Y

ahora esa mujer está presa y Gina ya está en el cementerio. Diay sí, es duro. Sí, yo he visto personas. Pero como uno no puede andar diciendo, verdad, ni hablando, porque diay lo apañan. Sí, sí lo pueden golpear a uno o matar (2012).

La muerte de algún conocido(a) en esta zona, pareciera ser una constante en la experiencia de las mujeres trabajadoras del sexo. Para Martel y Baires (2006) existen marcas distintivas visibles e invisibles que se relacionan con la identificación de estos espacios o geografías del miedo. Una de estas marcas invisibles es la muerte como un hecho cotidiano, que pesa y marca la historia de un territorio. Para las mujeres, esta marca invisible se ve reflejada en la muerte de amigas, familiares, compañeras de trabajo o simplemente, conocidos(as) de la Zona. La configuración de la muerte como un hecho cotidiano en este lugar representa de manera violenta y drástica, la realidad vivida por muchas personas que se encuentran en estos espacios marginados de la ciudad.

Las mujeres trabajadoras del sexo viven cotidianamente, una realidad caracterizada por el conflicto, la amenaza, las contradicciones y la desigualdad. En la construcción de ciudad que ellas realizan, prevalecen factores importantes que perfilan estas geografías del miedo. Varios de estos factores reflejan riesgos que viven en la calle debido a la condición de su trabajo. A pesar de esto, las mujeres —a través de la solidaridad y el compañerismo— logran desarrollar un sentimiento de seguridad en esta ciudad tan adversa con ellas.



IMAGEN 3
PENSIÓN LILLIAN

Fuente: Fotografía tomada por Angélica, 2012.

LOS ESPACIOS HETEROTÓPICOS: LA NOCHE EN LA ZONA ROJA Y LOS ALREDEDORES DEL PARQUE DE LA MERCED

Estos espacios hacen referencia al territorio de los Otros(as), identificado así el lugar como una geografía amenazante. En relación a las respuestas de las mujeres trabajadoras del sexo, se puede apreciar que uno de los espacios heterotópicos continúa siendo representado por la Zona Roja. Sin embargo, la temporalidad aquí juega un papel crucial y es lo que la diferencia de aquel espacio tópico, conocido. Tal y como se pudo analizar anteriormente, las distintas horas del día van dotando de matices la inseguridad en la Zona. Como señala Segura (2005), la ciudad es usada diferencialmente también en relación con el tiempo y el tiempo nocturno resignifica la ciudad, con la emergencia de otros rostros y otras prácticas en el espacio urbano.

Para Angélica (2012), la noche es el momento en que estos lugares inseguros cobran mayor miedo y riesgo. Esto se debe a la presencia de personas que comenten robos y delitos. Además, “se presta para... hay más drogas, hay más alcohol, entonces se presta para más cortados y más heridos”. Ahora, contrastando esta

percepción de inseguridad —y por lo tanto, la demarcación de la Zona Roja nocturna como espacio heterotópico, espacio de Otros(as)— con la práctica urbana, se observó que de las diez mujeres entrevistadas, solamente dos de ellas afirmaron visitar la Zona en horas nocturnas, en especial para hacer uso de los distintos bares. En este sentido, la mayoría decide no arriesgarse o como ellas dicen, “ponerse” ante la eventual situación de inseguridad o violencia que puede ser vivida en este espacio.

La amenaza que conlleva la temporalidad de la Zona, puede ser generalizada a distintas partes de la ciudad. Esto es aún más perceptible para las mujeres, ya que la noche representa ese momento en el día en el que surgen los “males” de la ciudad, ya sean personificados por Otros(as) amenazantes o por distintas prácticas urbanas nocturnas, como el uso de bares. Aunado a esta construcción genérica del miedo, para las mujeres trabajadoras del sexo, a pesar de su actividad laboral, la noche continúa siendo esa temporalidad amenazante en la ciudad.

Otro espacio heterotópico es representado por los alrededores del parque de la Merced. Anteriormente, se identificó el parque de La Merced y sus alrededores como espacios

de actividad sexual, donde se encuentran bares, pensiones y hoteles. Además, prevalece una relación conflictiva entre las mujeres de los alrededores del Mercado Borbón y las mujeres de La Merced. En este sentido, la inseguridad

percibida en este espacio se ve mediada por dicho conflicto. Flor comenta: “—... el que queda allá por la Cañada, el Disco Bar. También el Porteño, verdad. Un lugar que se llama el Porteño, que es ahí por la Cañada también” (2012).



IMAGEN 4

ALREDEDORES DEL PARQUE LA MERCED

Fuente: Fotografía tomada por Mariana Rojas Mora, 2012.

La inseguridad aducida a este espacio se relaciona directamente, con niveles de violencia vividos, riesgos y desconfianza. Además, las mujeres que señalaron los alrededores del parque de La Merced como parte de sus geografías del miedo en la ciudad de San José, indicaron que no hacen uso de estos espacios. Laura (2012) afirma que esos lugares no le inspiran confianza, razón por la cual no los visita. Así, el contraste entre la percepción y la práctica urbana coincide, restringiendo entonces el uso de esta parte de la ciudad para algunas de las mujeres trabajadoras del sexo. Continuando con Flor, ella comenta: “Pero ya ahora no, porque ya diay me da miedo. Como yo he visto así cosillas, que uno ve que se apañan o le cortan el pescuezo, uy que feo que es. Entonces uno no haya como ir” (2012).

A partir del concepto de espacio heterotópico, se puede apreciar cómo la Zona Roja

nocturna y los alrededores del parque de La Merced, representan esos espacios donde las mujeres trabajadoras del sexo no se reconocen, espacios dominados por Otros(as) que ponen en riesgo y/o amenaza su seguridad en la ciudad. Los lugares (in)seguros señalados por las mujeres contribuyen a ir mapeando las distintas percepciones y prácticas que poseen sobre la ciudad de San José. Además de este mapeo, se puede ir delimitando esa cartografía urbana que van tejiendo las mujeres, a partir no solo de su condición de género, sino también en relación a su actividad laboral y realidad económica.

EL ESPACIO UTÓPICO: LA CIUDAD SEGURA Y MODERNA

El espacio utópico es aquel lugar que manifiesta elementos deseados por las personas, además de que dirige u orienta la relación

con los espacios heterotópicos y tópicos en la ciudad. En este sentido, interesó analizar cuáles eran estos espacios utópicos para las mujeres trabajadoras del sexo. Una primera ejemplificación de esto se puede apreciar en la narración de Flor:

—Diay la ciudad más bonita es que no hubieran peligros y que todo fuera bonito. Como que así toda la gente fuera amistosa y que uno supiera que uno va a andar y que no anda uno pensando que le van a robar el bolso, que le van a hacer, verdad. Así sería bonito todo, que todo fuera bien bonita, vea. Que si usted va a un parque se puede comer el helado tranquila, sin estar pensando “me van a robar el bolso, me van a robar el bolso, o me van a golpear”. Eso es una ciudad muy bonita así, verdad (2012).

Esta primera utopía de ciudad representa un espacio donde las mujeres se sienten seguras y la preocupación diaria y constante sobre la delincuencia se vería aplacada. De esta forma, el uso recreativo de parques y el disfrute de espacios públicos, no se vería perturbado por una preocupación que surge de una percepción y realidad donde la delincuencia se presenta como un hecho cotidiano. Sin embargo, es importante recalcar que la seguridad a la que hace referencia Flor (2012), es una seguridad más amplia, que remite a la seguridad social. El contar con los servicios básicos resulta una de las preocupaciones también fundamentales en la vida de estas mujeres, por lo que la ciudad utópica se ve imaginada en una ciudad donde la delincuencia no existe, en parte también por el buen vivir que caracterizaría la vida social. La solidaridad y otras formas de sociabilidad urbana regirían este nuevo orden. Sharid se refiere a esto de manera romántica, donde hace alusión a un pasado mejor:

—Si me gustaría que como antes, cuando existía la policía de la cruz blanca, que todas esas personas que dormían en la calle, las recogían y las llevaban a albergues y eso. No se veía tanto, porque no se veía tanto a las personas durmiendo en la

calle. No se veía tanta fechoría. Ese sería mi San José perfecto, nuevamente (2012).

Esta forma de pensar la ciudad se relaciona con los principios del derecho a la ciudad, donde se aboga por una práctica urbana que colectivice el bien social y que posea como base el respeto por los derechos humanos. Al respecto, el principio 1.1. del artículo II de la Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad señala:

Las ciudades deben ser un ámbito de realización de todos los derechos humanos y libertades fundamentales, asegurando la dignidad y el bienestar colectivo de todas las personas, en condiciones de igualdad, equidad y justicia. Todas las personas tienen el derecho de encontrar en la ciudad las condiciones necesarias para su realización política, económica, cultural, social y ecológica, asumiendo el deber de la solidaridad (Foro Social Mundial, 2013).

Así, la fraternidad y la seguridad se convierten en temas fundamentales que rigen ese bienestar colectivo en la ciudad, dotando de contenido el espacio utópico planteado por las mujeres. Estos sentimientos de colectividad son compartidos por trabajadoras del sexo que han vivido y que viven cotidianamente, prácticas discriminatorias que ponen en evidencia su exclusión social. Así, la solidaridad y la seguridad deseada se configuran como elementos que parten de una historia de vida que no ha tenido la oportunidad de contar con estos.

Para un análisis sociopolítico y cultural del miedo en la ciudad, Reguillo (2008) propone tres factores esenciales para comprender su funcionamiento: la proximidad del elemento detonante del miedo, el daño o la idea próxima del daño y la relación entre la existencia efectiva y lo que se representa. Los diferentes lugares analizados comparten estos factores. La Zona Roja —como espacio de trabajo— se presenta próxima en términos espaciales ya que representa su espacio de trabajo cotidiano. Las mujeres entrevistadas señalaron que venían a la Zona todos los días de la semana, exceptuando en algunos casos el domingo. En términos

temporales, la proximidad se manifiesta en que las mujeres que relatan sus miedos cuentan con una gran cantidad de años de estar en la zona. Estas proximidades dan cuenta de que la construcción de percepciones e imaginarios sobre la Zona, no pasa mayoritariamente a través de los medios de comunicación, sino a través de su cotidianidad e historia. En relación al daño inminente, las mujeres relataron distintas experiencias que se traducían en pérdidas, no solo materiales, sino también personales, donde inclusive la muerte es representada. Así, el tercer factor cobra mayor relevancia puesto que la representación del miedo sí refleja la existencia efectiva vivida por las mujeres en la Zona.

Para el caso de La Merced, el miedo en relación a este lugar inseguro denota diferencias en relación a los factores descritos por Reguillo (2008). La proximidad tanto temporal como espacial no es tan constante como se presenta en la Zona Roja, donde no todas las mujeres que señalaron este lugar como inseguro, basaron su calificación a partir de un uso regular de este espacio. El caso de Flor sí ejemplifica una proximidad importante con el detonante de miedo, ya que ella visitaba regularmente los bares que se encuentran en los alrededores del parque. Las demás mujeres basan su relato principalmente, a partir de experiencias compartidas con otras trabajadoras. Aquí, la relación entre lo representado y su vivencia es menos directa que en el caso de la Zona Roja; más no por esto deja de ser considerado como un lugar entre las geografías del miedo de las mujeres. Más bien, el caso de La Merced abre caminos para comprender como el miedo y la construcción de un lugar inseguro pasa también por un factor importante, los conflictos por y en el espacio.

REFLEXIONES SOBRE LAS GEOGRAFÍAS DEL MIEDO

Una de las grandes consecuencias que posee la configuración de geografías del miedo en la percepción y práctica de las y los habitantes de la ciudad, es el deterioro de la sociabilidad urbana. Como señalan Martel y Baires (2006), a partir de las distintas políticas institucionales se puede ver cómo el modelo de

urbanismo que se ha venido implementando en los últimos 30 años, se ha desentendido de los espacios públicos como apuesta política y a esto, se le suma una coercitiva política de seguridad ante los problemas de violencia social que; sin embargo, no disminuye la percepción de inseguridad generalizada. Ambos procesos parecieran no permitir pensar y soñar los espacios públicos como una posibilidad de convivencia social.

A lo largo del presente artículo se pudo apreciar cómo la vivencia de la ciudad a partir del temor y el miedo van configurando espacios de exclusión y de marginalización. Estos espacios que van construyendo esa ecología urbana de lugares indeseables y espacios heterotópicos, son producto de un desarrollo social desigual. Por un lado, se encuentran zonas de la ciudad de San José que cuentan con bulevares, espacios verdes y seguridad, deseando de esta forma construir una imagen de ciudad habitable. Estos espacios se caracterizan y responden a una lógica económica y de inversión que se destina al consumo y al turismo. Por otro lado, tenemos lugares como la Zona Roja, la cual representa ese espacio indeseado y excluido por el gobierno local. Para las mujeres trabajadoras del sexo de esta zona, el disfrute de la ciudad de San José se limita en relación a su uso diario y amplio, en tanto, se encuentra la amenaza de inseguridad, traducida en violencia y delincuencia.

En este contexto urbano y de inseguridad, las mujeres se ven enfrentadas a sistemas de opresión y desigualdad patriarcal que van limitando y configurando espacios de control, de exclusión y de violencia de género. Esta última se ve traducida en los conflictos que las mujeres viven en el espacio que sirve como lugar de trabajo, violencias de parte de los clientes, de transeúntes, de otras mujeres trabajadoras del sexo, de indigentes y de la policía. Los lugares catalogados como inseguros por las mujeres trabajadoras del sexo, se encuentran marcados por la muerte y la pobreza, construyéndose así marcas distintivas de estas geografías del miedo. Es necesario recalcar que las mujeres identificaron algunos espacios privados, por ejemplo, los cuartos o los automóviles, como lugares de miedo, en los cuales, la violencia y

la inseguridad afectan más a las mujeres. Esto muestra la importancia de politizar este espacio privado y “personal”, para así ubicar las causas de esta violencia, sus ejecutores y las víctimas en el habitar cotidiano de las mujeres.

Como señala Macassi (2005), las estrategias de seguridad ciudadana, tanto a nivel preventivo como asistencial, no suelen reconocer que existen demandas específicas provenientes de las mujeres. En este sentido, existen distintas apuestas por incentivar y modificar las políticas y prácticas urbanas para construir un derecho a vivir en ciudades más equitativas, democráticas e inclusivas. El habitar una ciudad de manera inclusiva depende también de un ejercicio fundamental, el empoderamiento de las mujeres. De esta forma, como señala Falú (2009), se consolida un trabajo sobre sus derechos, sus identidades ciudadanas y se apuesta a construir consenso sobre el “derecho a una vida sin violencias” en el espacio privado y en el público, potenciando así un disfrute de la ciudad y el derecho a vivir en esta.

Una agenda urbana que desea combatir la inseguridad y despejar estas geografías del miedo, debe contemplar paralelamente, una agenda de derechos de las mujeres. En este sentido, las particularidades en la vivencia de la ciudad por parte de las mujeres se verían reflejadas y en este caso en especial, la vivencia de las trabajadoras del sexo. Esta conjugación de agendas pone en evidencia una articulación necesaria entre espacio público, seguridad ciudadana y género, dimensiones que conllevarían a un ejercicio más abarcador del derecho a la ciudad de las mujeres.

Ahora, ¿cómo pensar el derecho a la ciudad de las trabajadoras del sexo?, ¿de qué manera se puede comprender y formular un derecho a la ciudad por parte de un grupo social urbano marginal? y ¿en qué consiste dicho derecho? Para las mujeres trabajadoras del sexo que participaron de la investigación, el derecho a la ciudad debería de comprender una vivencia sin discriminación; el derecho al trabajo y por tanto, la seguridad y garantías que implica reconocerlo como tal; el acceso a la seguridad social y la educación; el derecho a organizarse; y el derecho a ser gestoras y planificadoras de

aquel espacio que habitan cotidianamente. De esta forma, la vivencia de la ciudad construiría otras formas de relacionarse y potenciaría una sociabilidad urbana que en el contexto actual, se encuentra profundamente marcada por la exclusión.

BIBLIOGRAFÍA

- Cisneros, José Luis. “La geografía del miedo en la ciudad de México: el caso de dos colonias de la Delegación Cuauhtémoc”. *Revista El Cotidiano* 152. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2008: 59-72.
- Falú, Ana. “Violencias y discriminaciones en las ciudades”. *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos*. Ana Falú (ed.). Santiago: Red Mujer y Hábitat de América Latina, Ediciones SUR, 2009. En: <<http://www.sitiosur.cl/r.php?id=902>> [consultado el 1° de octubre de 2012].
- Foro Social Mundial. “Carta Mundial por el Derecho a la Ciudad”. *Cuadernos Geográfico* 52. España: Universidad de Granada, 2013: 368-380. En: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=17128112016>>
- Foucault, Michel. (1976). *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. México D.F.: Siglo XXI Editores, S.A. de C.V., 2005.
- Macassi León, Ivonne (coord.). *El miedo a la calle: la seguridad de las mujeres en la ciudad*. Lima, Perú: Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán-Centro de Intercambio y Servicios para el Cono Sur, 2005.
- Martel, Roxana y Baires, Sonia. “Imaginarios del miedo y geografías de la inseguridad: construcción social y simbólica del espacio público en San Salvador”. *Lugares e imaginarios en la metrópolis*. Alicia Lindón, Miguel Ángel Aguilar y Daniel Hiernaux (coords.). Barcelona, España: Anthropos Editorial, 2006.
- Oviedo, Esteban. “Baja inquietud por inseguridad pero sube por el desempleo”. *La Nación*. Costa Rica. 1° de febrero de 2012. En: <http://www.nacion.com/archivo/Baja-inquietud-inseguridad-suba-desempleo_0_1247875472.html>.

- Programa Estado de la Nación. *Cuarto Informe Estado de la Región en Desarrollo Humano Sostenible*. San José, Costa Rica: Programa Estado de la Nación, 2011.
- Reguillo, Rossanna. “Los laberintos del miedo. Un recorrido para fin de siglo”. *Revista de Estudios Sociales* 5. Colombia. Universidad de los Andes. Enero 2000: 63-72.
- Reguillo, Rossanna. “Sociabilidad, inseguridad y miedos. Una trilogía para pensar la ciudad contemporánea”. *Alteridades* 18. México. Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Iztapalapa. 2008: 63-74. En: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=74716004006>>.
- Román, Marta. “Recuperar la confianza, recuperar la ciudad”. *Mujeres en la ciudad. De violencias y derechos*. Ana Falú (ed.). Santiago, Chile: Red Mujer y Hábitat de América Latina, Ediciones SUR, 2009. En: <<http://www.sitiosur.cl/r.php?id=902>> [consultado el 1º de octubre de 2012].
- Sabaté Martínez, Ana; Rodríguez Moya, Juana María y Díaz Muñoz, María de los Ángeles. *Mujeres, espacio y sociedad. Hacia una geografía del género*. Madrid, España: Editorial Síntesis, 1995.
- Sagot, Montserrat y Guzmán, Laura. *Encuesta Nacional de Violencia Contra las Mujeres*. San José, Costa Rica: Centro de Investigaciones en Estudios de la Mujer de la Universidad de Costa Rica (CIEM-UCR), 2004.
- Sánchez Lovell, Adriana; Paniagua Arguedas, Laura; Brenes Montoya, Mónica; Rojas Mora, Mariana y Mata Marín, Carlos. ““Ojo al cristo y mano en la cartera”: discursos y políticas de seguridad ciudadana en la ciudad de San José, Costa Rica”. *Anuario de Estudios Centroamericanos* 39. San José, Costa Rica: Editorial UCR, 2013.
- Scott, James. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México D.F.: Ediciones Era, 2007.
- Segura, Ramiro. *Territorios del miedo en el espacio urbano de la ciudad de La Plata: efectos y ambivalencias*. La Plata, Argentina: Universidad Nacional de La Plata, 2005.
- Soto, Paula. “Ciudad, ciudadanía y género. Problemas y paradojas”. *Revista Territorios* 16-17. Colombia. Universidad del Rosario 2007: 29-46.

Fecha de ingreso: 13/01/2014

Fecha de aprobación: 28/08/2014